

Para mi querido y viejo amigo
Montecavaro, con todo el afecto
y el agradecimiento por su
amistad sin pausa.



Pesadamente miro el mundo



Evoco ritos

Por Guillermo Orce Remis
Para LA NACION - Buenos Aires, 1984

2-4-84

Se enciende la noche
y me retiro a mis
tinieblas en las que
el misterio y la muerte
juegan sus apuestas.
Parapetado en hueso
miro el mundo de los
otros -mundo ajeno-
y aséptico e ingrátido
contemplo a mi prójimo
en carnales menesteres:
compra y vende honores,
servicios y alabanzas;
quiero borrarlo
del paisaje que me
envuelve, y evoco
ritos, gestos de mano
y brazo, palabras que son

puro encantamiento
y que pronuncio
con el sacro impulso
que los mágicos prescriben.
Por momentos me miran
vestidos de soberbia,
pero ven sólo el traje
de miseria que me cubre;
no saben que he muerto
hace ya algunos años
y que soy menos
que una aparición
o que un fantasma.
Con gestos de codicia
van hacia regiones
olvidadas desde hace
mucho tiempo, en busca
del comienzo, sin saber

que sólo hay finales
para el hombre, y todos
perforados por el rayo.
No escuchan mi voz
y pasan sordos, afiebrados,
hombres con la faz deformada
por una maldad primigenia
y espontánea; o una muchacha
de melodiosos ojos en una cara
con sonido; jóvenes
con un dulce candor
lastimosamente oscuro
que caminan ciegos,
con los rasgos alterados
por vientos exteriores
a ellos mismos, envueltos
en ráfagas mezquinas
y mortuorias